

CRISIS DEL MIDI

París, 21 de junio de 1907.

He llegado á París en momentos de la gran crisis política del Mediodía. La cuestión, originada por una simple lucha de intereses industriales, se ha magnificado hasta revelar el progreso de las ideas libertarias dentro del ejército, comprometer la estabilidad del Gabinete, y colocar á los meridionales de Francia en una grave hostilidad económica frente á las comarcas del Norte. Los motines militares y los sucesos de la revuelta popular, que han ensangrentado durante la última semana, las calles de Narbona, de Perpiñán y de Béziers, no han tenido, sin embargo, en esta capital otra repercusión que la unánime alarma periodística y los gestos de la agitación parlamentaria. Las acefalías comunales, las barricadas, los incendios, las prisiones, las sublevaciones de tropas, toda la conmoción regional, no han interrumpido ni por un momento el ritmo normal de la vida parisense. Los parques y las plazas, como las hermosas Tullerías, que ahora mismo contemplo desde mi balcón, no han cesado en su cotidiano verbenear

de niños alegres y parejas amantes, jugando al «diablo», los unos, entre la gracia florida de los parterres; los otros abrazándose, junto á los bellos mármoles que enseñan el beso—una Bacante de Carriere-Belleuse, una Cybeles de Regnaudin. Las pululantes avenidas, como la rue Rívoli, que veo también desde mi ventana, no han paralizado un minuto el tumultuoso rodar de los fiacres lucientes y los automóviles veloces, ni el andar inquietante de las grisetas—Mimís probables ó Musetes posibles—que á la hora de la tarde vuelven de sus talleres con rumbo incierto, en bandadas parteras y políeromas, con algo de aves y algo de mujeres. Los bulevares galantes, con tanto Olimpia y Vaudeville, coruscando de luces á la vera, las vías cosmopolitas donde se encuentra á muchos argentinos—demasiados argentinos, quizá—tampoco han interrumpido, entre la ronda de burgueses turistas, la apoteosis nocturna de su Cocota, esta serpiente mullida de sedas y con cabeza humana, que publica, en el oro simbólico de sus cabellos, el precio de su desnudez. Y así, en la catacumba sonora de los Metró y en el camino errante de las aguas del Sena y en los café-conciertos de las frondas del Bois. Y así en todos los sitios de la vida exterior, en las sendas por donde primero se derrame la curiosidad del peregrino, hasta que pueda penetrar en las intimidades de la vida doméstica y comulgar, en institutos y museos, con la Belleza y la Verdad de los siglos... Pero, á pesar de todo ello, cualquier recién llegado medianamente observador, ha podido sentir en la atmósfera de esta capital del mundo, el viento de la interna crisis política.

Recorriendo el viajero esos lugares, al solo impulso del ansia epicúrea, no hubiera sospechado que, encendida la guerra civil en cuatro departamentos vinícolas, la turba de los lagares sublevada, empurpuraba la tierra con los jugos de una siniestra vendimia. Pero, si á simple vista la ciudad febriciente y sensual parece existir completamente desvinculada de la nación, hay, en cambio, arterias ocultas y tegumentos vivos y nervios invisibles que la ligan á la patria francesa. Tal es el secreto de su perpetua juventud y de su prolongada hegemonía. Es el ideal que nosotros deseamos también para nuestro país: una metrópoli donde el cosmopolitismo no haya cegado las fuentes nativas. De la campaña y la provincia, tan ridiculizada en sus revistas «pour rire,» viene á esta capital su fuerza renovadora. París es un viejo árbol de leyenda y de amor, cuyas ramas ligeras ofrecen á la gula de los hombres su poma dorada, pero cuyas raigambres se abrazan á las rocas geológicas y se abren en lo subterráneo hasta el mar y los ríos de sus fronteras. Por eso durante la última semana se ha hablado apasionadamente, en ciertas esferas, de los asuntos del Mediodía. La prensa, sin distinción de filiaciones, continúa detallando sus crónicas con epígrafes á varias columnas. La Cámara ha oído en violentos debates las acusaciones del diputado Aldy y la defensa de M. Clemenceau. Marcelin Albert y Ferroul, los caudillos de la revolución meridional—así la han llamado algunos periódicos,—son ya prisioneros del Gobierno. Y como quiera que tanto fragor de tribunas y de armas, bien que hacía augurar fieros desastres, amenaza convertirse

en un capítulo de Daudet, esta nueva crisis, aun conjurada, obliga á meditar cosas profundas sobre la historia y el destino de Francia, guía y mentor de nuestro propio espíritu latino.

Ha ocurrido con los sucesos del Mediodía lo que pasa con todas las agitaciones populares: van creciendo y alejándose de su origen, como cuando caen, saltando escarpas, los aludes. Dado el impulso inicial, sus mismos promotores son ya incapaces de detenerlas ó de prever su fin. La turba incendiaria de la Bastilla no hubiera podido decir cuál sería el desenlace de la Revolución. El cabildo abierto de Buenos Aires, al discutir la legitimidad del Virrey, no presentía el desarrollo futuro de la Independencia. Los ingleses del Norte-América, cuando resistieron el impuesto al té, no pretendían, con designio expreso, la fundación de una nueva República. El agua desbordada de la demagogia, siguió en cada ocasión el plano inclinado de sus propias comarcas y fué, saltando viejos diques y enlodadas riberas, á encauzarse en cañadas imprevistas ó á fecundar silvestres llanuras. Tal es, con menos trascendencia, lo que ha pasado en los departamentos del Sur. Los fabricantes de vino habían descubierto que la producción vinícola del Norte era el resultado de un fraude ruinoso para los meridionales y nocivo para el pueblo que lo consumía. Los «fraudeurs» fueron denunciados y acusados. Se trató entonces de pedir al Gobierno medidas enérgicas que salvaguardasen los intereses y la salud de la nación. Un meeting colosal fué organizado. El movimiento iniciado por los productores del Midi conquistó

la adhesión de los paisanos en toda la región, y la de sus autoridades municipales. Ante la actitud ambigua y sospechosa del Gabinete, la petición originaria se tornó exigencia y protesta. Los funcionarios dimitieron paralizándose totalmente la vida administrativa. Se resolvió suspender el pago de los impuestos. Iban creciendo y contagiándose los entusiasmos populares, fácilmente inflamados en aquellas tierras de sol. Esto pasaba cerca de Tarascón, la patria de Tartarín. Ante la gravedad del peligro, el Gabinete acordó sofocarlo por la fuerza. Los socialistas aplaudían entretanto á los obreros rurales del Mediodía, y señalaban el fraude del Norte como el fruto de la competencia capitalista. Del otro lado, los reaccionarios fomentaban el movimiento, atribuyéndolo á la inepticia gubernamental, como es de práctica en tales casos, y esperaban junto al remanso, los medros del pescador. El partido radical, desde sus puestos del Gobierno, profetizaba, horrorizado, el desmembramiento de Francia. Arrebatado cada individuo por la ebriedad de la muchedumbre insurgente, se supo entonces que las turbas frenéticas de Perpiñán incendiaban la Prefectura y las de Montpellier pretendían hacerlo con el Palacio de Justicia. Las mujeres amotinadas al par fueron á levantar los rieles de las vías por donde debían llegar sus propios hijos, conscriptos de las tropas enviadas para dominar la Revolución, y agravándolo todo se vió que esos regimientos llegaban sublevados y que los conscriptos, meridionales también, se pasaban á las filas del pueblo, arrojando el quepis por los aires.

Tal me parece, en el momento que escribo, la

explicación más sintética de la primera faz de esta crisis. Lo que hoy se discute en el Parlamento y en la prensa, no es solamente la justicia de los caudillos prisioneros y de los motines ya dominados, sino la conducta de M. Clemenceau. Se le acusa de vacilaciones en su voluntad y de ambigüedad en su pensamiento. Parece, en efecto, exacto, que este hombre, tan enérgico antaño en la oposición, pretende aplicar hogaño en el poder recursos aprendidos en el «Tratado del Príncipe». El había dicho que sería inflexible con los soldados rebeldes. Se le avisa posteriormente que los conscriptos sublevados prometen desde Béziers volver á Agde, donde se hallan sus jefes, siempre que el Gobierno prometa no perseguirlos. Y M. Clemenceau responde: «Que los soldados se pongan á disposición del general: el Gobierno les tendrá en cuenta su sumisión.» (!) Sus enemigos le recriminan después en la Cámara haber pactado con el motín, y él contesta: «Yo no he prometido el no perseguir á los amotinados: yo simplemente he dicho que si los amotinados se sometían, el Gobierno daría pruebas de clemencia.» (?) Aparece más tarde Marcelin Albert, antes oculto y fugitivo. Perseguido por la justicia y el ejército, llega de incógnito á París. He oído decir que es un buen hombre, ingenuo, convertido en cabeza de la Revolución por el azar de las circunstancias. Su pueblo le llama «el redentor,» pero viene tal vez arrepentido de su obra, alarmado ante sus proporciones imprevistas, y consigue celebrar una conferencia secreta con el jefe del ministerio. Clemenceau procura convencer á Albert de cuán patriótico sería contribuir á

la pacificación del país. Tal vez le pinta los peligros de la guerra civil. Acaso invoca la unidad de la Francia. Y cuando el caudillo va á partir, el ministro le interroga como al desgaire:—¿Tiene usted recursos para el viaje?—¡Qué ha de tenerlos! Es un fugitivo... Y el ministro tiende al adversario un billete de cien francos que acaba de sacar de su bolsillo. El revolucionario se niega á recibir. M. Clemenceau insiste. ¿Por qué no aceptarlo? No es el ministro quien se lo ofrece, es el conciudadano quien se lo da. El meridional, impresionable y repentista, acepta, conmovido por aquel bello gesto de nobleza. Cuando llega á Béziers, al proponer la pacificación, refiere públicamente los hechos. Una montaña de sospechas lo abruma desde aquel momento. Se piensa en un soborno. En la imaginación de aquella muchedumbre bulliciosa, bajo el sol legendario, la cifra «100» de ese billete multiplica sus ceros... Y, como por un encanto se desvanece la popularidad del redentor—¿No es esto refinadamente maquiavélico? Se le acusa más tarde á Clemenceau de haber dividido al país con su aturdimiento; se habla de «la dictadura» que ejerce, se le caricatura con las manos ensangrentadas estrechando las ensangrentadas manos del Zar, gozoso y digno ya de semejante alianza. M. Aldy va al Mediodía y vuelve á rectificar en la Cámara los informes oficiales de los prefectos. Entonces M. Clemenceau dice que él aceptaría una encuesta. Jaurés recoge la idea y la propone en forma de moción. El ministro comprende su error y retrocede:—¡No, no! Ha dicho que aceptaría una encuesta pero cuando el país esté pacificado, pues ahora será muy

difícil el esclarecimiento de la verdad. No se sabe si es la ingenuidad ó la astucia lo que le dicta esas palabras: la averiguación después que todo haya pasado ¿para qué? Y así el hombre hábil va triunfando, bien que M. Brousse, diputado socialista, se atreverá á decirle en esa misma sesión del 22 de junio: M. Clemenceau: Vuestro nombre será maldecido por las generaciones republicanas.

Lo que recién llegado á París me interesa en esta crisis, no es, desde luego, la efímera victoria de sus hombres ni el triunfo pasajero de sus partidos. En ella me interesa la filosofía que de los hechos fluye. Me interesa, como corresponsal de mis lectores de Buenos Aires, la sensación panorámica de la sociedad francesa que nos ofrece el asunto. Me interesa, como americano, la suerte de las ideas en debate, lo cual constituye la superioridad de la política francesa sobre la política argentina. Me interesa, como latino, el porvenir de Francia, para que siga siendo en la ola móvil de la democracia experimental, la quilla y la proa de las naciones. Si descendemos al detalle, también aquí la guerra de los bandos se empequeñece. La pugna de las pasiones humanas es la misma. Aquí como allá, hay hombres que defienden sus posiciones y hombres que desean conquistarlas; y, como lo habéis visto, hay además violencias, astucias, motines, asonadas, pronunciamientos. Sin embargo, media entre esto y aquello una diferencia enorme. Aquí la caída ó la ascensión de un hombre, importa el fracaso ó la epifanía de un ideal—y es eso lo único que puede em-

bellecer ante la historia el cuadro de las luchas cotidianas. Acá como allá, la popularidad de un Marcellin Albert puede perderse en un instante, y caer en injusto desprestigio el héroe de la víspera. Acá como allá se necesita la mediación de la distancia ó la muerte para que se reconozca una virtud superior en combatientes del día. Tengo en Buenos Aires algunos amigos que admiran á Clemenceau ó á Jaurés, comprometido ahora en un combate singular—como lo veréis más adelante,—y oigo decir de ambos abominaciones en París. Aquí como allá se busca en la intriga y la sugestión popular un medio de victoria. Los unos dicen que estos sucesos son la máscara del movimiento reaccionario; los otros afirman que puede ser el comienzo de la revolución socialista. Unos acusan al ministerio radical de haber ensangrentado el país con la guerra civil; otros inculpan á los defensores del Midi de haber querido desmembrar á la Francia. Fácilmente se comprende el cariz, más efectista que real, de este último argumento, pero no obstante ha sido lanzado con vehemencia en la Cámara. Si alguna nación de Europa reposa en una verdadera y sólida unidad de territorio y de espíritu, esa es la nación francesa. España se retuerce entre la centralización monárquica y el federalismo endurecido de sus antiguos reinos. Inglaterra es un imperio disperso. Alemania aún necesita de un nuevo 70. Italia tiene varias capitales, y aún le son menester libros como «L'idioma gentile», de D'Amicis. En Francia no podría malograrse en una hora de locura tartarinesca la obra de los tres Carlos de Valois, el V, el VI y el VII, realizada durante la guerra de Cien Años para

unificar el territorio. Ni la del grande y complicado Luis XI, unificando la administración civil sobre las ruinas del feudalismo por él vencido. Ni la de Francisco I, expulsando á los ingleses, ó yendo hasta más allá de los Alpes. Ni la de ese gentil Enrique IV—que tuvo el escepticismo y la *allure* de un hombre moderno,—consolidando la libertad de conciencia con el edicto de Nantes, lo cual significaba poner término á la división religiosa. Ni la de ese cardenal Richelieu, que supo en la diplomacia anteponer los intereses de la unidad política del reino á todo escrúpulo dogmático, ya se tratara de los católicos de Roma ó de los protestantes de Suecia. Ni la de ese suntuoso Luis XIV, que completaba la unidad territorial con el tratado de Westfalia y la paz de los Pirineos. La desmembración originaria del Imperio de Carlomagno no fué debida al azar, sino á la lógica de los límites geográficos. Después la tierra de los francos no hizo sino ir á la Francia por la fuerza de la Naturaleza. Por eso fracasaron las veleidades imperiales de Carlos el Temerario. Lo de la desmembración del Midi, no ha sido, pues, sino un fantasma de la política militante para detener al Gobierno y á los revoltosos—y eso mismo demuestra el prestigio que el nombre de la patria francesa tiene para todos los hombres y los partidos de Francia.

La crisis del Mediodía no ha sido en sus orígenes sino un simple desenlace de la competencia industrial. Su gravedad ulterior no es sino la consecuencia del estado de excitabilidad que hoy aflige á esta democracia, fluctuante entre un pasado que

se va y un porvenir confuso que llega. En tal sentido constituye un episodio de la cruenta lucha comenzada hace más de veinte años, y ha dejado de ser la perturbación de una comarca para convertirse en una inquietud nacional. Síntoma de esa inquietud en París ha sido el mitin socialista de Tivoli-Vaux-Hall, celebrado anoche por iniciativa de *L'Humanité*, bajo los auspicios de la Federación del Sena. La sala de Tivoli, donde se realiza la asamblea, está en el antiguo barrio de la Revolución, cerca de la plaza de la República, y no lejos de la Bastilla. Voy á oír, por vez primera, la palabra gesticulante de Jean Jaurés. Hablará sobre la crisis del Midi y la política general. Cuatro mil trabajadores llenan el recinto. Agentes armados custodian las calles inmediatas; más tropas aguardan cualquier llamada en el vecino cuartel de Château-d'Eau; hay gran apercebimiento de fuerzas; y todo esto bajo un ministerio radical, lo cual demuestra que el radicalismo es excelente como arma de oposición, pero pesado como instrumento de Gobierno. La reunión se realiza, sin embargo, en un orden completo, á no ser los gritos que al finalizar atruenan la sala, entre los sonos de su himno:—¡Vive Jaurés! ¡Vive la Sociale! ¡A bas Clemenceau!—pues son objetos de la asamblea votar un manifiesto de adhesión á los trabajadores del Mediodía y formular, por boca de su rugiente leader, el proceso del actual presidente del Gabinete. El ciudadano Hervié preside y cede la palabra al orador, ante la muchedumbre que aclama. Jaurés se adelanta con su buena silueta burguesa, la cabeza inexpresiva,

el pelo al rape, y la U ya rucia de la barba, enmarcando la cara que enrojecerán las cóleras de la arenga. La tribuna es amplia, como conviene al tono á veces familiar de su palabra, y á la mímica siempre desordenada de sus ademanes, tal cuando se pasea por ella de un extremo al otro, ó cuando empieza dirigiéndose á los de la derecha y termina dirigiéndose á los de la izquierda, ó cuando interrumpe el discurso para comentar una voz, una objeción que sale del fondo del auditorio, ó cuando alza los dos brazos, mientras concluye el frondoso párrafo, casi hasta unir los índices proféticos por sobre la cabeza que se agacha frunciendo un gesto combativo. Así va electrizando á su auditorio, hasta sintetizar la situación en estas ideas: «la República Demócrata llega en Francia á sus postrimerías y estamos en las vísperas de la República económica...» Hace algún tiempo, las profecías de Zola sobre la revolución social, para de acá á veinte años, parecieron un lirismo. Y he aquí que un diputado sube á la tribuna para vaticinarla como hecho cercano. Según él, el régimen actual se halla defendido en Francia por el partido radical, formado por hombres suficientemente progresistas para no ser reaccionarios y suficientemente tímidos para no ser socialistas. Burgueses más ó menos liberales habían prometido á la nación un programa de reformas avanzadas, cuando las creyeron una esperanza improbable, y ahora que la nación las exige como hechos posibles, intentan detenerse ó retroceder. «Yo me explico estas vacilaciones del Gobierno—dice,—porque con la separación de la Iglesia y el Estado, la disolución de las congre-

gaciones, la limitación de la enseñanza religiosa, el impuesto á la renta, la supresión de los tribunales militares y la representación proporcional, llega á un extremo en que retroceder es caer en la reacción, donde están el militarismo, el clericalismo, el sectarismo, el capitalismo, la aristocracia y los privilegios, y en que avanzar es caer en la Revolución, donde están el socialismo, el colectivismo, el liberalismo, el antimilitarismo y la igualdad. Pero Francia no puede detenerse. Si el partido radical es impotente para cumplir su destino, debe dejar su puesto á otras fuerzas más eficaces.» Jaurés interpreta la cuestión del Midi como un resultado de la expoliación capitalista y de la competencia anárquica en la producción. La adhesión de los paisanos es para él una explosión de miseria, y son, con las sublevaciones de tropas que se negaban á tirar contra el pueblo, síntomas de un régimen que llega á su término... La muchedumbre, persuadida, aplaude, grita y canta. Salgo de Tivoli-Vaux-Hall con la mente poblada de visiones. Los soldados de la República aguardan en las calles del barrio histórico y sombrío. Fresco es el aire de la noche...

Al día siguiente, como ha sido de trajín y emociones el día de la víspera, siento ansias de aire sano y pacificador. Y como tengo jardín cercano, voy á pasearme en las legendarias Tullerías, donde á lo largo de las sendas bordeadas de altos árboles y mármoles divinos, la memoria puede evocar aún el recuerdo de las gentiles Reinas de Francia, desde María Antonieta, aprisionada aquí junto al esposo, por la vengadora muchedumbre que á la

caída del antiguo régimen invadiera el Palacio, hasta Catalina de Médicis, que fundara en el siglo XVI ese mismo castillo real, que ya no existe, pues fué quemado en los días de la Comuna, también por la ira ciega de las muchedumbres vengadoras.

EL DIA DE LA REPUBLICA

París, 14 de julio de 1907.

Hoy es el día de la República y para celebrarlo, París está de fiesta. A lo largo de las calles, la brisa de este julio benigno hace ondear en el aire los lábaros multicolores de otras patrias junto á los lábaros de Francia. La capital del mundo ostenta su cosmopolitismo en la variedad de esas banderas, como Buenos Aires en su mañana de mayo. La del yanqui invasor está en todas partes, regocijada de su gloria. La de Alemania cuelga en contados sitios de cortesía diplomática. Entre los pabellones de Sud América prepondera el del Brasil, mientras el sol y el azul del nuestro— como síntoma de una ignorancia europea de que nosotros somos responsables,—sólo tremola en la Legación Argentina, en el Banco Español, en el Hotel que habito y en el Palais Bourbon, ó sea la Cámara de Diputados, donde, por otra parte, flamean todas las enseñas del Nuevo Mundo. Son más que trapos ornamentales esas banderas, y al ondar y sonar como una lengua, algo dicen al viento y al oído del caviloso viajero. Pero bajo

esta decoración del ceremonial, tan sólo significativa á los ojos del corresponsal argentino, sienten que bullen y pasan, inconscientes en su alegría, las voces del público regocijo. Van en las alas ágiles de esa brisa ligera, el tintineo de los coches engalanados, el eco de las músicas callejeras, el son de las claras risas. Guirnaldas de flores exornan los ventanales de ciertos barrios, donde gallardetes y faroles chinoscos, tienden sobre las calzadas su techumbre polícroma. Algo de una mañana de carnestolendas tiene este día de festival parisiense. No es el rumor austero del culto patrio el que vibra en el ámbito. La proverbial alegría gala desborda, y á su contacto electriza la ciudad gesticula, salta, ríe, canta, brilla, danza, toda ella infantil y matinal, primaveral y femenina. Y pues la vida visible de París gira en torno de la mujer victoriosa, con más razón ha de serlo, para el entusiasmo popular, en este domingo de su mejor efeméride.

He renovado, durante uno de estos últimos días, en las salas del Hotel Carnavalet, la tragedia agitada de la Revolución, cuyo triunfo hoy celebra París con los ecos de su inmortal risa pagana. La inteligencia impersonal y admirable que presidiera la creación de esta ciudad, ha convertido en urnas de reliquias históricas el antiguo edificio que se alza en medio de sus calles modernas, como suntuoso monumento de la arquitectura privada del Renacimiento francés. Se llega hasta él atravesando barrio y callejuelas del antiguo régimen; se enfrenta un grave portón decorado por emblemáticas figuras que van á cumplir trescientos

tos años; y franqueado el umbral, aparece en el ancho patio un Luis XIV de Coyserox, vestido con la túnica romana. Su ubicación actual es reciente, pues este bronce fué por la primera vez erigido en el Hotel de Ville, el 14 de julio de 1689, celebrando la reconciliación del Rey y de la Ciudad—dice una crónica,—después de las rebeliones de la Fronde. Una construcción de tres pisos y amplias salas cuadrangulares rodea la estatua. Tal es el recinto del Museo. La tradición más difundida asocia su nombre al nombre de madame Sevigné, quien en las postrimerías del siglo XVII, durante varios años lo habitara. Antes y después tuvo, no obstante, moradores ilustres. La edificación fué comenzada en 1544, para su propietario Jacques de Ligneris, presidente del Parlamento de París, por el arquitecto Pierre Lescot, á la sazón famoso. Mas tarde perteneció á la Condesa de Montrevel, viuda de un Kernevenoy, señor bretón conocido en la corte con el nombre que hoy designa al Museo. Gentes de la nobleza y consejeros del Parlamento lo habitaron después; pero de todos, el que ha prevalecido es el recuerdo de la escritora que dejó en sus cartas el cuadro de su época—á tal extremo que ha sido substituido por el nombre de Sevigné el de la calle lateral que, según la tradición del *quartier* se llamaba Culture-Sainte-Catherine, por el antiguo convento de Sainte-Catherine-du-Val-des-Ecoliers, que, antes del siglo XIII, ocupaba este mismo lugar... La casa es hoy morada de sombras ilustres, y al acercarse á ella su mole sobrecoge, venerables de historia y ennegrecidos por el tiempo sus muros.

Vivientes en la fantasía estas evocaciones de

no lejanas lecturas, llegué una tarde lluviosa hasta las salas de la Revolución y la Bastilla, después de haber recorrido las anteriores; reanimando cronológicamente á mi paso la tradición de París, desde antes de su período galo-romano. Y tras las inscripciones milenarias de las Arenas de Lutecia, y las piedras de los sarcófagos merovingios, y la espada enmohecida de un paladín de Carlomagno, arribara, por fin, franqueando rudos evos, á las reliquias revolucionarias que rememoran el más hermoso drama de fe, de utopía, de gloria, de vergüenza, de crimen, de canalla y de heroísmo que hayan visto los tiempos. Hay allí un medallón de Luis XVI esculpido en hierro proveniente de las cadenas de la Bastilla. Hay una piedra del mismo edificio ofrecida á su sección por el patriota Palloy, donde se lee, junto á un gorro frigio, esta inscripción manuscrita: «Es sobre estas piedras que los franceses libres acostumbran aguzar su coraje y jurar el mantenimiento de la libertad, de la igualdad y de la ley.» Hay una caja de dominó tallada en mármol, resto también de la cárcel famosa, obsequiada como juguete al Del-fin el 14 de julio de 1790 y sobre cuya tapa ostenta la siguiente estrofa:

De ces affreux cachots la terreur des Français,
Vous voyez les débris transformés en hochets.
Puisse-ils, en servant aux jeux de votre enfance,
Du Peuple vous prouver l'amour et la puissance.

Aún no había decapitado al Monarca la guerra iniciada por los Estados Generales contra la Aristocracia, y por eso cada una de las piezas del jue-

go llevaba en su reverso una letra de oro, y esas letras, reunidas, formaban esta frase:

VIVENT LE ROI, LA REINE ET MGR. LE DAUPHIN

Hay igualmente en esas salas una *maquette* de la Bastilla y sus alrededores. Hay la cuerda y útiles que sirvieron á la evasión de un prisionero, y que fueron encontrados en la fortaleza el día de su rendición. Hay grabados que reproducen la fiesta de la Federación en el Campo de Marte, el 14 de julio de 1792; la fiesta de la Unidad en la plaza de la Revolución el 10 de agosto de 1793; la fiesta del Ser Supremo en las Tuileries el 20 pradiel del año 11. Hay retratos de Camilo Desmoulins, Danton, Saint-Just, Robespierre; uno de Marat, famoso por su parecido, y del propio Marat su máscara mortuoria, lo mismo que de Mirabeau. Allí está la silla donde murió Voltaire y un cuadro con la apoteosis de Rousseau. Están las casacas viejas y las armas oxidadas de los combatientes, las recamadas grímpolas y las raídas banderas que desplegó en los aires el viento de las jornadas terribles; y en medio de todo eso, un autógrafo macilento de Luis XVI, doloroso en su laconismo de orden postrera, fechado el 10 de agosto, la víspera de un arresto:—«*Le Roi ordonne aux Suisses de déposer à l'instant leurs armes et de se retirer dans leurs casernes.* LOUIS.» Hay, por fin, relojes, calendarios, vajillas, barajas, muebles, zapatos, abanicos, sombreros, botones, todo con iniciales, monogramas, leyendas ó figuras simbólicas que contribuyen á completar en nuestra mente la historia panfletaria

y violenta de Carlyle ó la historia documentada y reflexiva de Taine, certificando en qué medida aquel fanatismo libertario puso su marca hasta en los utensilios domésticos y arrebató en sus alas de fuego el espíritu popular.

Nada de ese fiero soplo apocalíptico se reconocería en la fiesta de hoy. Dijérase que el cumpleaños de la Revolución es sólo un pretexto para la danza y el canto del pueblo. El Gobierno lo comprende, y como el xiv ha caído domingo, declara feriado el lunes. Huelga decir que, habiendo sido ayer sábado, comenzó anoche la juerga, inaugurándose ruidosamente en el Salón Tabarin, de Montmartre. Yo sabía ya cómo se divierte el pueblo de París, en el fondo sensual y grosero como todas las plebes. Lo había visto á mi llegada en la Fête de Neuilly, agruparse regocijado frente á barracas inmundas, á lo largo de la frondosa avenida. Pasatiempos inocuos hacían reír á los unos ingenuamente; bailaban los otros al son de organillos bárbaros. Aquí éstos de andar indolente, se detenían á tirar al blanco en improvisados *stands*, ó con pelotas duras sobre monigotes de trapo. Aquéllos, más allá, montaban en calesitas, que, en lugar de carrozas, eran enormes vasos de noche, y en lugar de caballos animales como el *lapin* y la *vache* cuyos nombres son equívoco obsceno en el hablar parisiense. Me impresionó sobre todo un salón con pretensiones científicas, donde se exponían figuras humanas de tamaño y color naturales, devoradas de lacras y de bubas, deformadas por teratologías y pestes, mutiladas por todas las calamidades, cuadro

nauseabundo que resistían, no obstante, sin esfuerzo, encantadoras grisetitas de cuerpo fino y fina voz. Pero lo que más me repugnó fué un teatrillo á cuya puerta el pregonero mentaba á grandes voces lo singular del espectáculo y en cuyo interior lucía sus habilidades un enorme petómano, cuya flauta mágica reproducía meffíticos sonidos, desde la sorda bufa hasta el bufido sonoro. (Tal era aquello que, aunque estaban presentes caballeros de esmokin y damas de grandes plumas, necesito, por respeto á mis lectores, encubrir con el eufemismo la realidad...) Fiestas análogas se organizan en el bulevar de Clichy para este día de la Revolución; y bailes al aire libre y fuegos de artificio. París sufre en estas noches una regresión á la aldea. Para el pueblo, *circenses*. Pero en el Bal Tabarin, el espectáculo es más curioso, aunque vulgar; sin espiritualidad ni belleza algunas—lejos de una leyenda que puede sólo engañar á los jóvenes «bien» que vienen de Buenos Aires á divertirse en el bulevar. Se abona cinco francos, á la entrada, para ver en el sótano alguna grotesca danza de pseudoriente; para oír un mal trovador de mandolina, habillado á la manera del François Villon de Etcheto que está en la plaza Monge; y para soportar á las semidesnudas que vienen á pedirnos un cigarrillo ó una moneda *porte-bonheur*. Estas mismas mujeres, muy feas, pasan á formar después los cuadros vivos en el salón principal, cuando llega la media noche. Y aparece un cuadro alegórico donde va, entre los espejos y los cuadros paganos de los muros, al son de músicas y de aplausos y coros, una hetera de malla, que no se sabe si es Venus ó la Patria. Un dorado

cañón de cartón la precede, entre gendarmesas escotadas y vestidas de azul ó de rojo. De los palcos laterales, donde hay algunos compatriotas y yanquis de frac y áureas cocotas, arrojan flores á la carroza triunfal. Hay un templete al fondo; la Marsellesa suena—pues el himno nacional es aquí, como «la Tonkinoise» música de café concierto;—la muchedumbre corea el canto heroico de Rouget de Lisle. De pronto, el cortejo se detiene frente al templete que simula una Bastilla galante: el primer cañonazo truena: el baile va á comenzar: proyectiles de humo han destrozado una parte de la torre, que al caer descubre el inevitable grupo alegórico, con el sol á la espalda y sobre ellas esta leyenda en letras doradas:

PROCLAMATION DES DROITS DE LA FEMME

La razón está, pues, de mi parte, cuando digo que tiene algo de carnestolendas este festival parisiense. Y mientras tal cosa ocurre en el Salón Tabarin, y algo análogo en «Le Ciel» y «L'Enfer» y «Les Noctambules» y los otros cabarés montmartreses, la calle pulula de gente alegre, y á la vera de kioscos expresos, ó en cada esquina, ó frente á los despachos de vino, en pleno bulevar se improvisan bailes, al son de chillones tríos ó de murgas aldeanas; y un incoercible San Vito posee á la muchedumbre; un temblor mercurial agita los nervios; y en el azar de las necesarias parejas, la quincallera del barrio da su brazo al desconocido que pasa, y el carnicero de cabeza taurina abraza á la gentil midineta, núbil apenas. Y esta locura termina por poseernos, al menos en inteligencia

y en alma, si retuso el cuerpo á tales mímicas de antropoide. Y esa locura se propaga, cunde, corre, vuela, ase al pasar y vuelve en el cristalino eco de una risa, en el compás de una danza, en la voluptuosidad de un abrazo, en el chasquido de un beso. Reir. Reir. Reir. Ajenos al dolor, á la historia y á la muerte, bailan á la vera de la columna de julio, en el sitio de la conmemorada tragedia, pero ya no se acuérdan ni de quién era Marat, ni de quién era De Launay, la víctima expiatoria de la Bastilla, sobre cuyo antiguo sitio danzan, como los Sans-Culottes de Pourcelly... Y así más lejos, en un coro que oye la flauta de un ciego, mientras su hija canta al refrán de sus coplas:

O Magali
 Mon bel oiseau joli,
 Petite fleur
 Au jardin de mon cœur,
 O Magali,
 Hélas! tu m'as trahi.
 Mon cœur ce soir
 Est plein de désespoir,
 O Magali,
 Pleure sur ton ami
 Qui va mourir de ton oubli,
 O Magali...

Y el refrán se repite, mientras el resto de la composición narra una historia de amores desgraciados. Venden por un *sou* las hojas con la letra y la música, y la treintena de curiosos que atiende, ensaya en coro el canto. Tiene esa historia de Magali cierta ingenuidad sentimental, que el tono y aire tristes de la intérprete acentúan. Pero en otras la letra es libertina; el argumento refiere

anécdotas picantes, en un caló de calambures, ó en una lengua indescifrable, como esta del «Zipholo», que oí cantar, frente á la Opera, á un par de tipos del suburbio: «*T'aurais beau connaître la Kraquette et la Likette.—La crupionette et la dans' du bide à roulettes.—Et le ra-da-da de miss Ruth.—La mouillette et la kuskute.—Mais si tu n'as pas le Zipholo du Ziboular.—Le rondibé de la bistoque du placard.—Faut boucler ton bazar.—Si tu n'as pas le Zipholo du Ziboular!*»

La razón está, pues, de mi parte, cuando digo que no es el rumor austero del culto patrio el que vibra en el ámbito de estas noches, pero las ceremonias del día me han corroborado como, si Francia es un pueblo chato y calculador en épocas normales—pueblo capaz, sin embargo, de los periódicos arrebatos heroicos que han producido la Revolución, las campañas napoleónicas, la Comuna y el rescate de París,—ella á la vez produce y mantiene como orientadora de su historia, una clase directiva que tiene el coraje y la disciplina de sus convicciones. Digo todo esto, porque durante la jornada de hoy, mientras París se preparaba para su danza nocturna, cada uno de sus grupos dirigentes, ha hallado, en esta fecha, motivo para proclamar su fe, como el mejor homenaje rendido á la patria, que es aquí una realidad etnográfica y un sentimiento indestructible ante los cuales ha tenido que ceder hasta la generosa construcción socialista. En el Mediodía, los pueblos meridionales resolvieron abstenerse como protesta de la reciente crisis, acerca de la cual os he hablado en mi correspondencia anterior. En Brest, las fiestas fue-

ron oficialmente suspendidas porque los libertarios anunciaban un mitin para manifestar sus ideas. Los socialistas y los monárquicos se abstienen de toda participación y andando la república de por medio, sus órganos de la prensa comentarán la fiesta, irónicos los unos y parcos los otros. He visto esta mañana en Longchamps, al presidente Fallières y sus ministros saludando el paso de las tropas y el vuelo prodigioso y solemne del globo dirigible de Lebaudy, que llegó á comunicarme una emoción verdadera, con la certidumbre de que será realidad el sueño de los Jasones del Viento. El antimilitarista Hervé, por su parte, ha lanzado un manifiesto invitando á silbar al ejército, y en plena revista no ha faltado secuz que gritara: «*Clémenceau massecreur! Hou! Hou! Vive le 170!! Crosse en l'air!*» Entretanto los vecinos, en algunos distritos de París, han ido á saludar á sus jueces de paz, y la Municipalidad ha dado funciones gratis en algunos teatros. Madame Cattulle Mendés ha publicado ayer, en el grave suplemento ilustrado de *Le Figaro*, una extensa oda á Francia, si no admirable por su inspiración, al menos bien intencionada por un ideal de paz. M. Paul Déroulède y sus compañeros de la Liga de los Patriotas—el escritor Maurice Barrés entre ellos,—han venido á saludar, en mi barrio, la estatua de Juana de Arco y á coronar de flores, en la plaza de la Concordia, la estatua de la ciudad de Estrasburgo á cuyo pie el frenético campeón ha dicho: «*Espoir quand-même! Courage quand-même! Fierté quand-même!*» y los ligueros han respondido al grito de ¡Viva nuestra patria la Francia! ¡Vivan la Alsacia y la Lorena francesas!...

¿Qué me importan á mí los partidos á que cada uno de ellos pertenece? Lo que yo admiro en estas muchedumbres, es su alegría sin sombra de hostilidad, la manera de divertirse cada uno consigo mismo, no con el transeunte, como suele hacerlo la agresiva ironía criolla que ha creado el *titeo*. Siempre ha de ser ese danzar y cantar mejor que el desenfreno de nuestras noches mayas. Y en cuanto á la actitud de los dirigentes—cualesquiera que sean sus banderías,—la prefiero á la habitual indiferencia de nuestra *élite* de estancieros. Esto me ha interesado sobre todo, porque vengo de un país donde la más afligente y perentoria calamidad es la falta de opiniones privadas y públicas, y es nuestro gran problema del porvenir la necesidad de formarlas, si queremos dar un ambiente á la honestidad en la política, á la verdad en la ciencia, á la belleza en el arte. Nosotros hemos mutilado una estrofa del himno, para no rozar ilógicas susceptibilidades de los españoles. Nosotros hemos cedido á un italiano el mejor sitio estatuario de la ciudad, para halagar á los italianos. Nosotros, para no molestar á los ingleses, no osamos celebrar dignamente la Reconquista que engrandeció la Colonia. Así vamos abdicando lo que constituye el orgullo de nuestra entidad nacional, la poesía de nuestro pasado, como si todo eso no fuera el bien más efectivo de un pueblo, su más seguro aliento de inmortalidad. Los que juzgan á Francia por sentimientos ó por impresiones, han sacado de sus usos y placeres el augurio de una posible decadencia. Pero no. Son el plutócrata y el turista los que mantienen en una parte de Pa-

ris esa corrupción que no puede secar las fuentes efectivas de la vida francesa. Los turistas y los plutócratas hubiesen hecho también de Londres ó de Berlín un casino, si no hubiesen encontrado, en la primera, una fábrica, y, en la segunda, un cuartel.